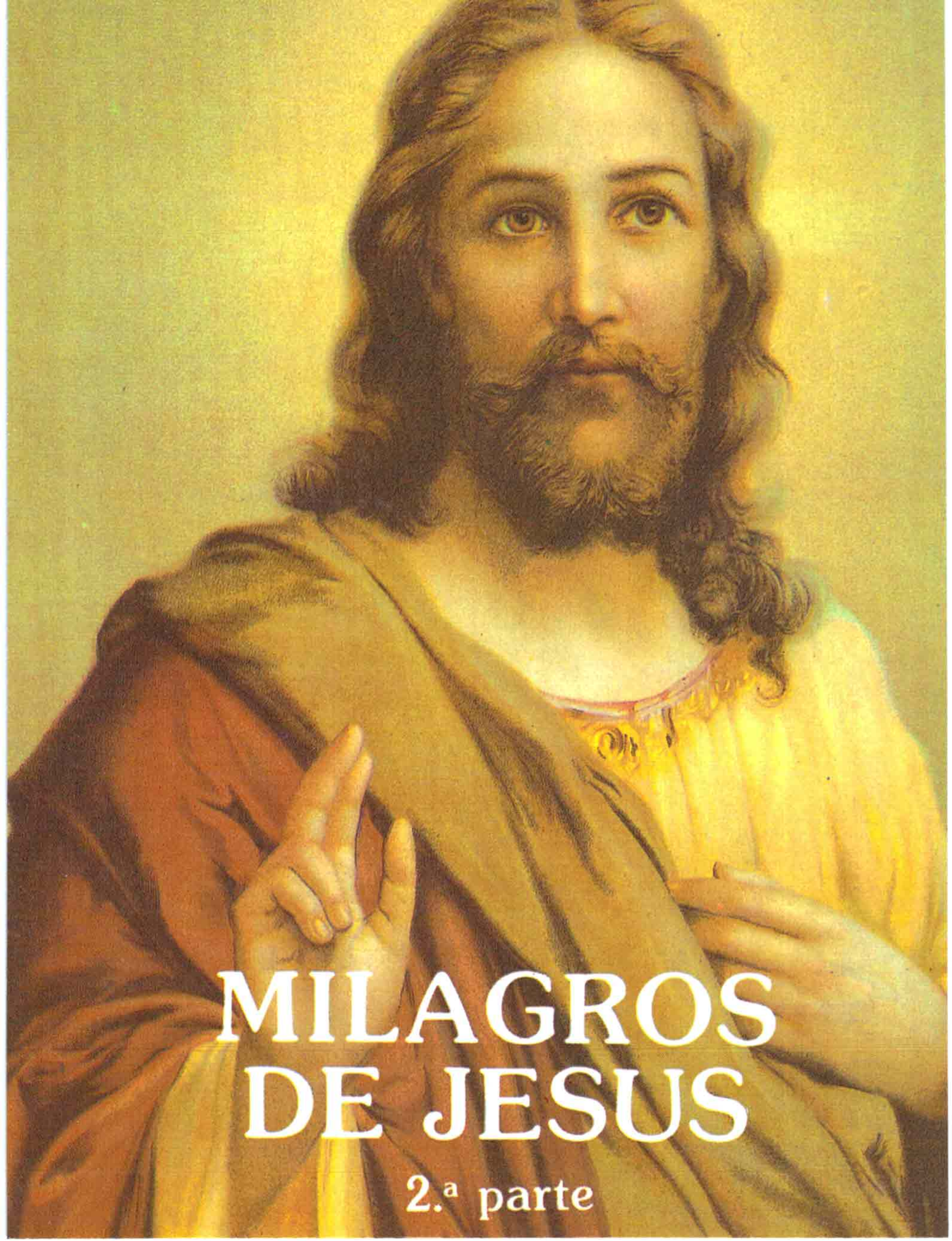


MILAGROS DE JESUS

2.ª parte

MILAGROS DE JESUS

2.ª Parte

Andrés Codesal Martín

Estos milagros han sido seleccionados y sacados del libro LOS EVANGELIOS CONCORDADOS ilustrados, libro muy recomendado que contiene los Cuatro Evangelios completos unificados y fundidos en uno.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Primera multiplicación de los panes (Mt.14; Mx.6; Lc.9; Jn.6)

Jesús dijo a sus discípulos: «Venid vosotros conmigo a un lugar desierto y tranquilo a descansar un poco». Pues eran tantos los que iban y venían que ni para comer tenían tiempo.

Se fueron en la barca a un lugar retirado y desierto, al otro lado del mar de Galilea.

Pero las gentes que los vieron irse y los reconocieron, acudieron a aquel lugar de todas partes, incluso algunos se les adelantaron, y les seguía gran muchedumbre porque veían los milagros que hacía con los enfermos.

Entonces Jesús subió a un monte y se sentó allí con sus discípulos. Estaba cerca la Pascua, que es la gran fiesta de los judíos.

Alzando, pues, Jesús los ojos y viendo que una gran muchedumbre venía hacia El, se compadeció de ellos porque estaban como ovejas sin pastor, y les estuvo predicando largo tiempo. Jesús les hablaba del reino de Dios y curó a todos los que estaban enfermos.

Siendo ya muy tarde, se acercaron a El sus discípulos y le dijeron: «El lugar está despoblado y es muy tarde, despídelos para que vayan a las granjas y aldeas del contorno a comprar que comer».

Pero El les respondió: «¡Dadles vosotros de comer!»

Le contestaron: «¿Iremos a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?»

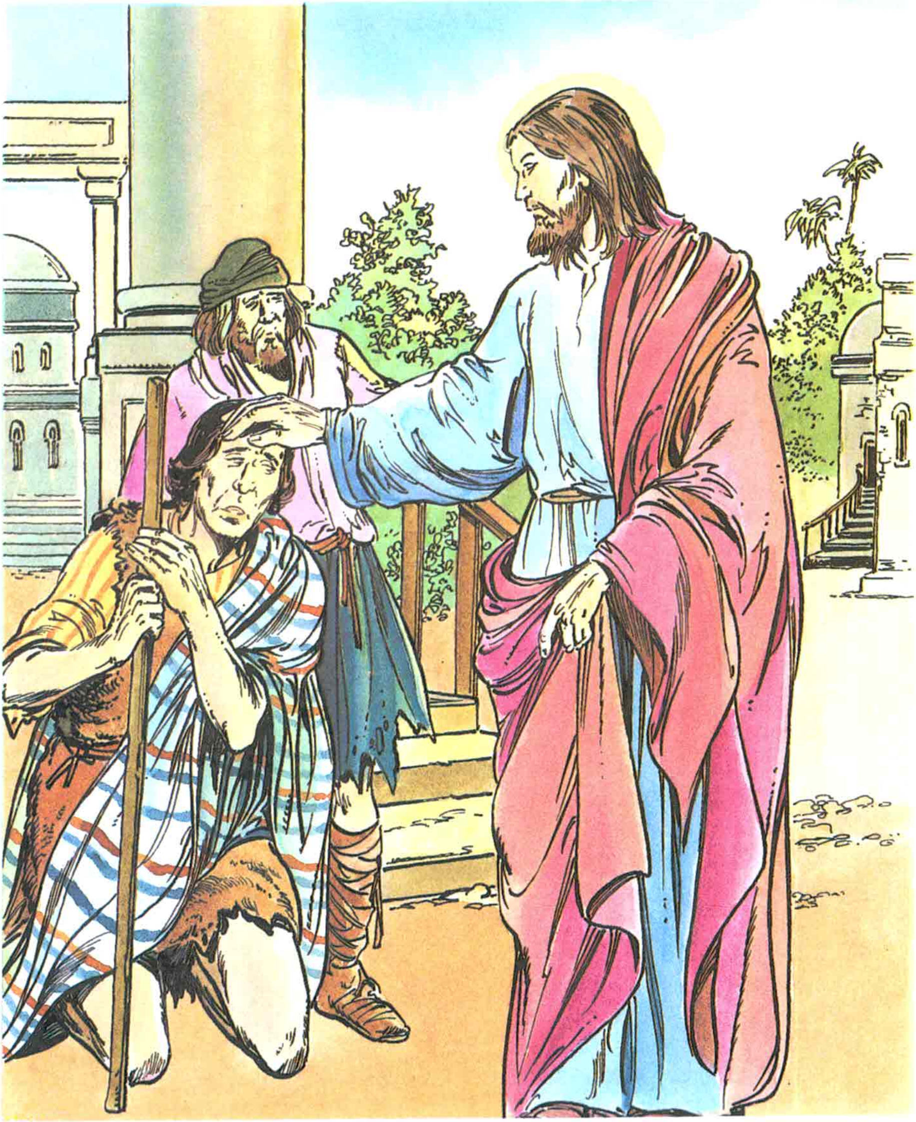
Entonces Jesús dijo a Felipe: «¿Dónde podríamos comprar panes suficientes para que coman todos estos?»

(Esto lo dijo para probarle, pues bien sabía El lo que pensaba hacer).

Felipe le respondió: «Doscientos denarios de pan no serían suficientes para que cada uno coma un poco».

Jesús preguntó: «¿Cuántos panes tenéis? ¡Id a verlo!»

Uno de los discípulos, Andrés, el hermano de Simón, le dijo : «Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tanta gente?»



El les dijo: «Traédmelos acá».

Mientras se los traían, dijo: «Mandad que las gentes se sienten».

Era aquel lugar una pradera con mucha hierba. Se fueron sentando en grupos de ciento y de cincuenta.

Tomando Jesús los cinco panes y los dos peces, alzó la vista al cielo, los bendijo, los partió y se los dio a sus discípulos para que los distribuyeran entre la multitud.

Cuando ya se hartaron, dijo a sus discípulos: «Recoged los trozos que han sobrado para que nada se pierda».

Los recogieron y llenaron doce cestos con los trozos que habían sobrado, siendo los que habían comido cinco mil hombres, sin contar las mujeres ni los niños.

Los dos ciegos y el mudo endemoniado (Mt. 9,27-34)

Al pasar Jesús de allí adelante, le siguieron dos ciegos que gritaban, diciendo: «¡Jesús, hijo de David, compadécete de nosotros!»

Cuando llegó a casa, se le acercaron los ciegos, y Jesús les dijo:

–«¿Creeis que puedo hacer esto?»

Respondieron: «¡Sí, Señor!»

Entonces les tocó los ojos diciendo: «Hágase en vosotros según vuestra fe». Y se les abrieron los ojos.

Jesús les encargó, diciendo: «¡Mirad que nadie lo sepa!». Pero en cuanto salieron lo fueron publicando por todas partes.

Cuando salían los que habían sido ciegos, unos hombres le traían un mudo endemoniado. Y arrojando Jesús al demonio, habló el mudo.

Atónitas las gentes se decían: «¡Jamás se había visto cosa igual en todo Israel!»

La mujer cananea (Mt.15; Mc.7)

Partiendo Jesús de allí, se retiró a los confines de Tiro y de Sidón. Entró en una casa, y quiso que nadie lo supiera: mas no pudo permanecer oculto, porque, luego, habiendo oído hablar de El una mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo, vino y se postró a sus pies.

La mujer era gentil, cananea, de origen sirofenicia; y le pedía que lanzara al demonio de su hija.

Y se puso a gritar: «¡Señor, hijo de David, ten compasión de mí! ¡Mi hija está malamente atormentada por un demonio!»

Mas Jesús no le respondió palabra.

Entonces se acercaron a El sus discípulos, y le rogaban, diciendo: «Atiéndela, que viene gritando detrás de nosotros».

Jesús respondió: «No fui enviado sino a las ovejas descarriadas de la casa de Israel».

Mas ella, postrándose delante de El, le decía: «¡Señor, socórreme!»

Por fin, contestanto Jesús, le dijo: «Deja que primero se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros».

–«Cierto, Señor –contestó ella–; pero también los perritos comen las migajas que caen de las mesas de sus señores».

Entonces Jesús le dijo: «¡Oh, mujer!, grande es tu fe. Hágase contigo como tú quieres. Por eso que has dicho, ya ha salido el demonio de tu hija».

Y su hija quedó curada desde aquel momento. Y cuando llegó a casa encontró a la niña tranquila acostada en la cama, y el demonio se había marchado de ella.

La transfiguración de Jesús (Mt.17; Mc.9; Lc.9)

Seis días después tomó Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a Juan su hermano, y los llevó a un alto monte a orar, y mientras estaba orando se transformó el aspecto de su rostro.

Allí Jesús se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras se trasnformaron blancas como la luz; tan relucientes y tan blancas como nadie en la tierra podría blanquearlas.

De pronto, se vieron a su lado dos varones que hablaban con El, Moisés y Elías, que, aparecidos con resplandor de gloria, hablaban con Jesús del fin que habría de tener en Jerusalén.

Entonces, a Pedro y a sus compañeros los embargó un sopor de sueño. Al despertar vieron su gloria y a los dos varones que estaban junto a El.

Cuando Pedro vio que Moisés y Elías se iban, dijo a Jesús: «¡Maestro! ¡Qué bien estamos aquí! Si te parece preparamos tres tiendas, una para tí, otra para Moisés y otra para Elías».

Dijo esto sin saber lo que decía, porque estaba fuera de sí.

Aun estaba Pedro hablando, cuando una nube luminosa los ocultó, y les entró miedo. Entonces se oyó una voz que salía de la nube, y decía: «Este es mi Hijo amado, en El me complazco; escuchadle».

Al oírse la voz ya estaba solo Jesús. Los discípulos al oírlo cayeron de rodillas y cobraron mucho miedo.

Entonces Jesús, acercándose, los tocó y dijo: «¡Levantaos y no tengais miedo!»

Se levantaron, y, alzando los ojos, vieron que ya sólo estaba Jesús.

Luego, mientras bajaban del monte, les encargó que no dijeran a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre hubiera resucitado de entre los muertos. Y ellos guardaron fielmente el secreto, sin comprender qué significaría aquello de «resucitar de entre los muertos».

El siervo del centurión (Mt.8; Lc.7)

Después que terminó Jesús de predicar al pueblo, entró en Cafarnaún. Había allí un centurión que tenía un siervo muy estimado que estaba enfermo próximo a morir.

Habiendo oído hablar de Jesús, le envió algunos ancianos de los judíos, suplicándole que viniese a sanar a su siervo. Y les encargó que le dijeran: Señor, mi siervo yace en casa paralítico, sufriendo terriblemente.

Los judíos se presentaron a Jesús y le suplicaban con insistencia, diciéndole: «Merece que se lo concedas porque es amigo de nuestro pueblo y nos ha construido una sinagoga».

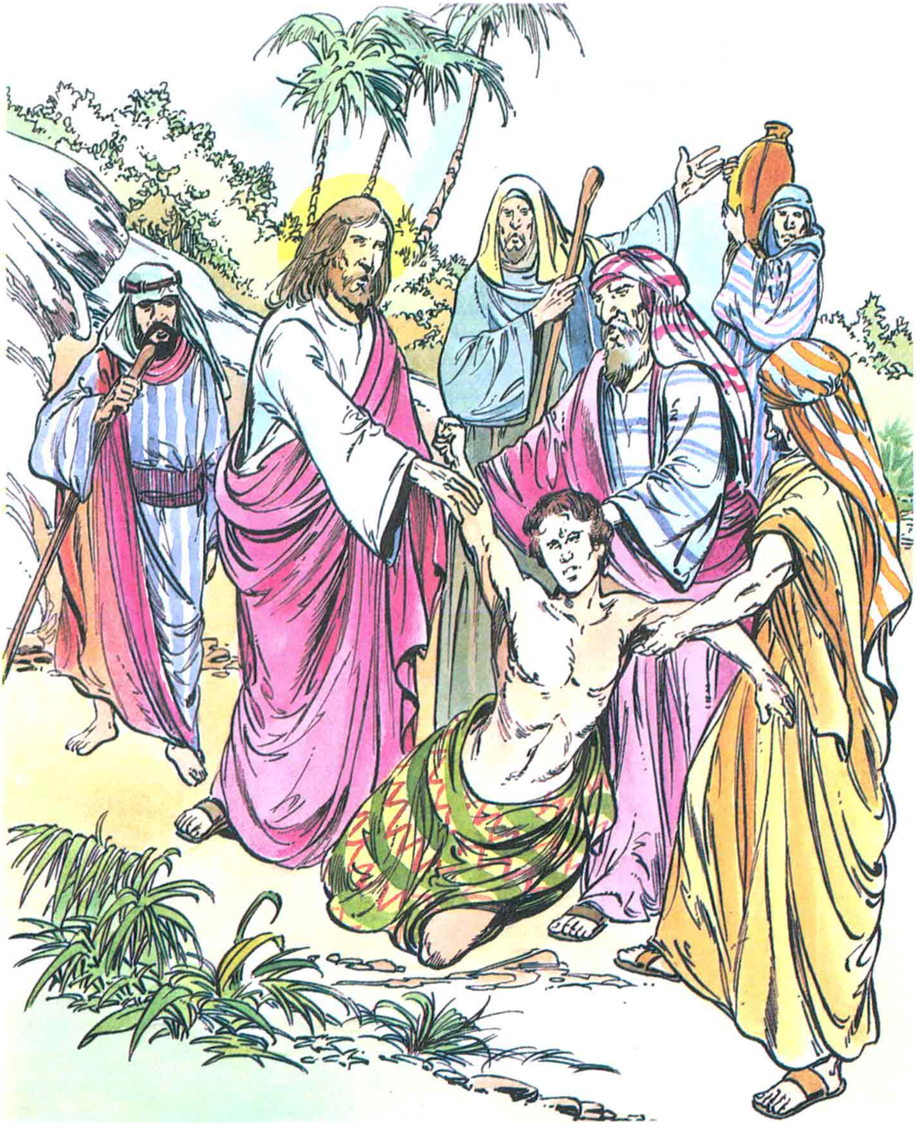
Jesús les dijo: «Yo iré y le curaré».

Jesús, pues, iba con ellos, y cuando ya no distaba mucho de la casa, sabiendo el centurión que venía, le envió unos amigos a que le dijeran: «Señor, no te molestes, pues yo no merezco que tú entres bajo mi techo; pues ni yo mismo me tengo por digno de presentarme ante ti. Pero dí una sola palabra y mi siervo quedará curado».

«Sé que puedes hacerlo, porque hasta yo que soy un hombre sujeto a otros, tengo a mis órdenes soldados, y digo a uno "Ve", y va; y a otro: "Ven", y viene; y a mi siervo: "Haz esto", y lo hace...».

Jesús al oírlo, se admiró y dijo a los que le acompañaban: «En verdad os digo que en ninguno de Israel he hallado fe tan grande. Os aseguro que vendrán muchos del Oriente y del Occidente y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos, mientras que los hijos del Reino serán arrojados a las tinieblas de fuera: allí será el llanto y el crujir de dientes...».

Y dijo Jesús al centurión: «Vete y cúmplase como has creído». Y en aquel momento quedó curado su siervo.



El joven epiléptico, sordo y mudo (Mt.17; Mc.14; Lc.9)

Al día siguiente, bajaba Jesús del monte, y al volver donde estaban sus discípulos, los vio rodeados de una gran multitud y los escribas que disputaban con ellos.

Las gentes, al ver a Jesús que venía, se admiraron y corrieron a saludarle.

Jesús les preguntó: «¿Por qué discutíais?»

Saliendo uno de entre la multitud, y arrodillándose delante de El, le respondió: «¡Maestro! Te he traído a mi hijo, que tiene un espíritu mudo, es lunático y padece mucho! ¡Señor, ten compasión de mi hijo, que tiene un espíritu mudo, y, cuando se apodera de él, le arroja por el suelo, le hace echar espumarajos, rechina los dientes, se queda tieso, y, de repente se pone a gritar!

»He rogado a tus discípulos que le echaran de él y no han podido».

Entonces respondió Jesús y dijo: «¡Oh gente incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo habré de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo tendré que sufriros? ¡Traédmele acá!»

Se lo llevaron, y, apenas el espíritu vio a Jesús, lo retorció, y, cayendo en tierra se revolcaba por el suelo echando espumarajos por la boca.

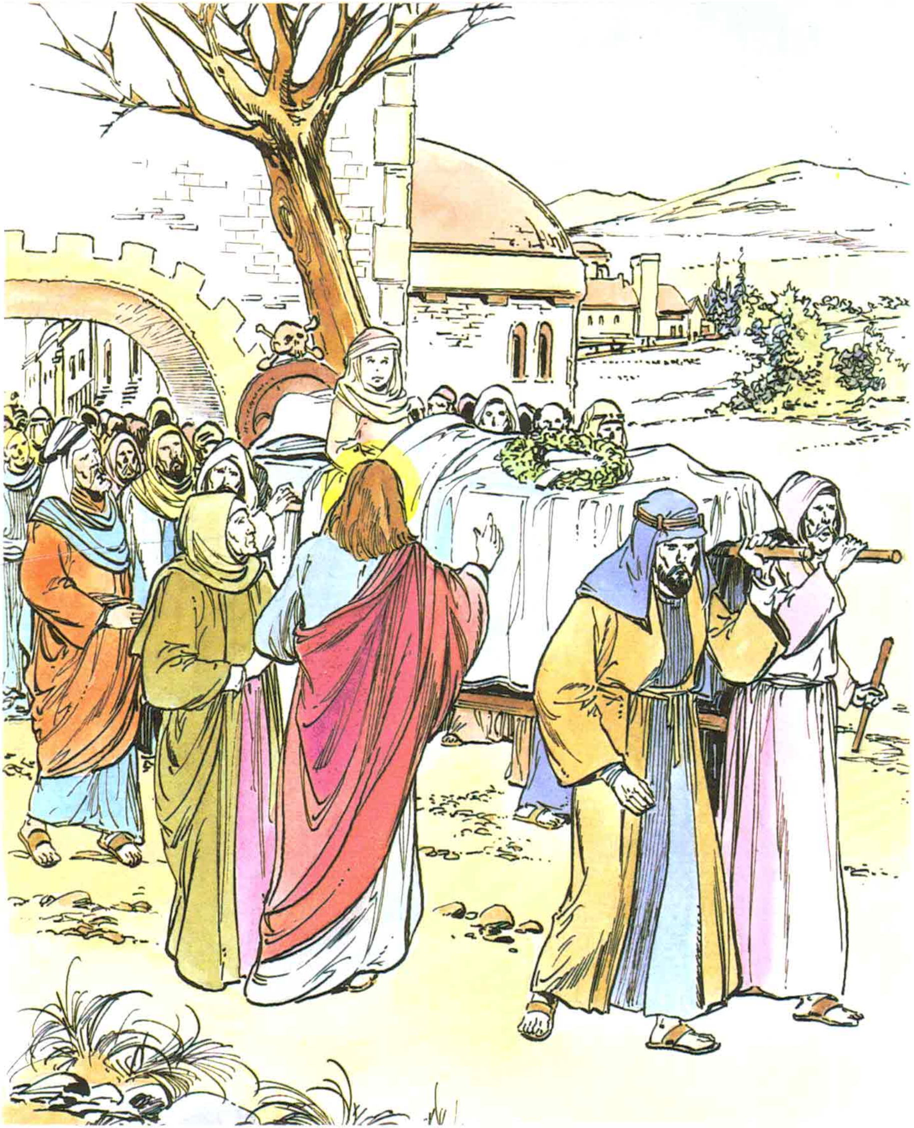
Jesús preguntó a su padre: «¿Cuánto tiempo hace que le ocurre esto?»

Le dijo: «Desde niño, y muchas veces lo arroja al fuego y al agua para acabar con él; pero si tú puedes algo, apiádate de nosotros».

Jesús le dijo: «¡Si puedes!... ¡Todo es posible al que cree!»

Entonces, clamando el padre del niño, dijo: «¡Sí creo, Señor! ¡Pero ayúdame tú en mi poca fe!»

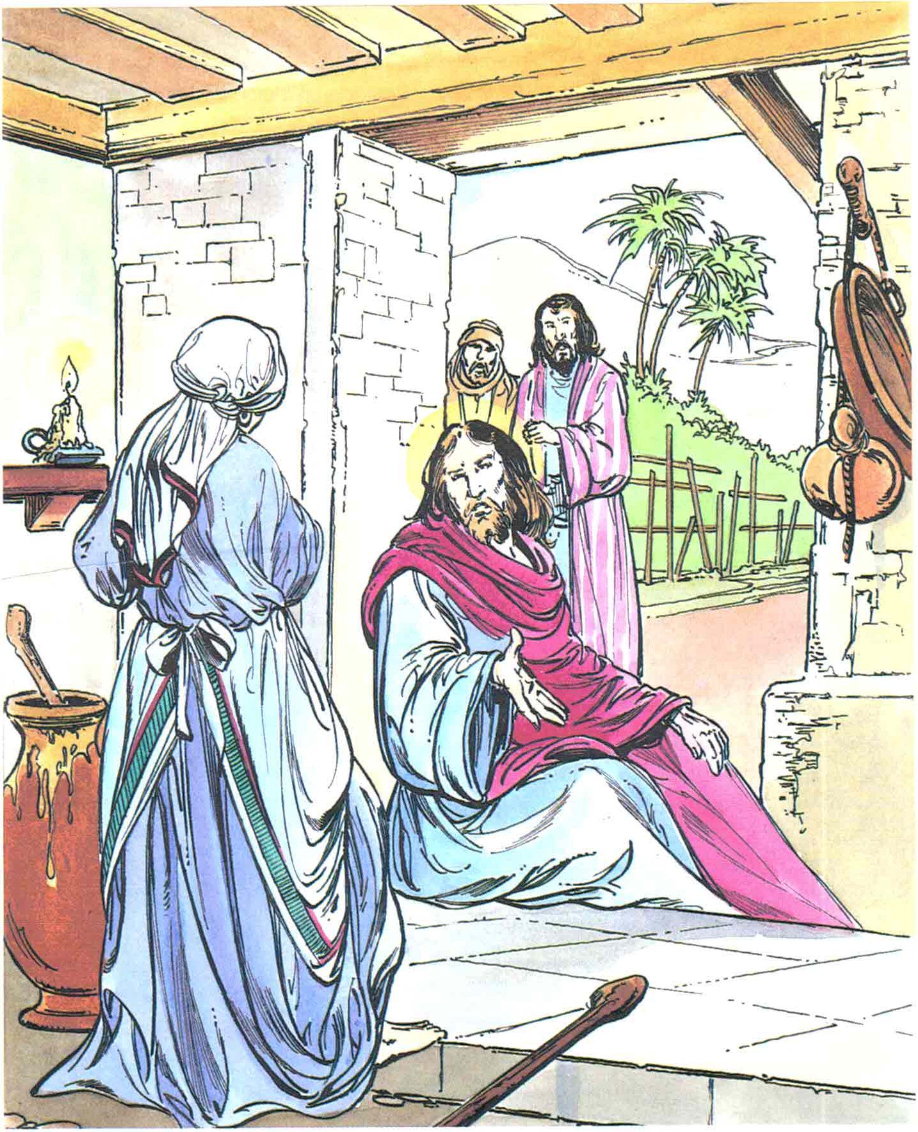
Viendo Jesús que se acercaba mucha gente corriendo, increpó al espíritu inmundo, y dijo: «¡Espíritu sordo y mudo! ¡Yo te lo mando: Sal al momento y no vuelvas a entrar más en él!»



El demonio lo retorció por el suelo, y, dando un grito muy fuerte, salió del muchacho, dejándolo como muerto.
Los que lo vieron decían: «¡Ha muerto!»
Pero Jesús, cogiéndolo de la mano, lo levantó, y, puesto en pie, se lo entregó a su padre, completamente curado.
Todos los presentes quedaron asombrados.
Sus discípulos, luego en casa le dijeron: «¿Por qué nosotros no pudimos echarle?»
Jesús contestó: «Porque tenéis poca fe; porque os digo de verdad que, si tuvierais fe tan grande como un granito de mostaza, podríais decir a esa montaña: "Trasládate de aquí alla" y se pasaría, y nada os sería imposible».

Resurrección del hijo de la viuda (Lc.7,11-17)

Iba Jesús de camino hacia una ciudad llamada Naín, y le acompañaban sus discípulos y mucha gente.
Al llegar a las puertas de la ciudad, vieron que llevaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda, y un gran gentío le acompañaba en el entierro.
El Señor al verla llorar, tuvo compasión de ella y le dijo: «¡No llores!»
Luego se acercó, tocó el féretro; se pararon los que lo llevaban, y dijo al muerto: «¡Muchacho, a ti te hablo: levántate!»
El joven se incorporó y se puso a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre.
Todos los presentes quedaron asombrados, y sobrecogidos de temor, glorificaban a Dios, diciendo: «Un gran profeta ha aparecido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo».
Al momento corrió la fama de este hecho por toda la Judea y por todas las comarcas de los alrededores.



Muerte y resurrección de Lázaro (Jn.11,1-51)

Había un enfermo llamado Lázaro, hermano de Marta y María, de la aldea de Betania. María es la que ungió al Señor con perfumes y le enjugó los pies con sus cabellos.

Habiendo caído enfermo Lázaro, sus hermanas enviaron un recado a Jesús, diciendo: «¡Señor! El que amas está enfermo».

Jesús al oírlo dijo: «Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios: para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella».

Jesús amaba a Marta, a su hermana María y a Lázaro. No obstante, aunque le dijeron que Lázaro estaba enfermo, se quedó aún dos días más en aquel lugar.

Pasados los dos días, dijo a sus discípulos:«Vayamos otra vez a Judea».

Los discípulos le dijeron: «Maestro, los judíos querían apedrearte, y quieres volver allá?»

Respondió Jesús: «¿No son doce las horas del día? Quien anda de día no tropieza, porque ve con la luz de este mundo; mas quien anda de noche, tropieza porque no tiene luz».

Después añadió: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido, y yo voy a ir a despertarle». A lo que dijeron sus discípulos: «Señor, si duerme, sanará». Pero Jesús les hablaba del sueño de la muerte, y ellos creyeron que se refería al sueño natural.

Entonces Jesús ya les dijo claramente: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creais. Pero vayamos a su casa».

Cuando Jesús y sus discípulos llegaron a la entrada de la aldea, se enteraron que Lázaro ya llevaba cuatro días en el sepulcro.

Betania es una aldea que está cerca de Jerusalén, como a unos quince estadios.

Muchos judíos habían ido a casa de Marta y María para consolarlas por la muerte de su hermano. Y, oyendo Marta que Jesús venía, rápidamente salió a su encuentro, en tanto que María no se enteró y se quedó en casa.

Cuando Marta llegó donde estaba Jesús, le dijo: «¡Señor, si tú hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano! Bien que estoy persuadida de que ahora mismo te concederá Dios cualquier cosa que le pidieres».

Le dijo Jesús: «Tu hermano resucitará».

Marta repuso: «Sé que resucitará en la resurrección del último día».

Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá, y ninguno que viva y cree en mí, morirá para siempre. ¿Tú crees esto?»

Ella dijo:«Sí, Señor. Yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que había de venir al mundo».

Dicho esto, se fue donde estaba su hermana María, y la llamó en secreto, diciéndole: «El Maestro está aquí y te llama».

Apenas María oyó decir que Jesús estaba allí, se levantó apresuradamente, y salió a su encuentro.

Entonces Jesús aún no había entrado en la aldea, sino que aún estaba a las afueras, en el mismo sitio que Marta le había salido a recibir. Por eso los judíos que estaban con María consolándola, al verla que se levantaba rápidamente y salía fuera, la siguieron diciendo: «Seguramente irá al sepulcro para llorar allí».

María, pues, habiendo llegado donde estaba Jesús, al verle se postró a sus pies, y le dijo: «¡Señor, si tú hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano!»

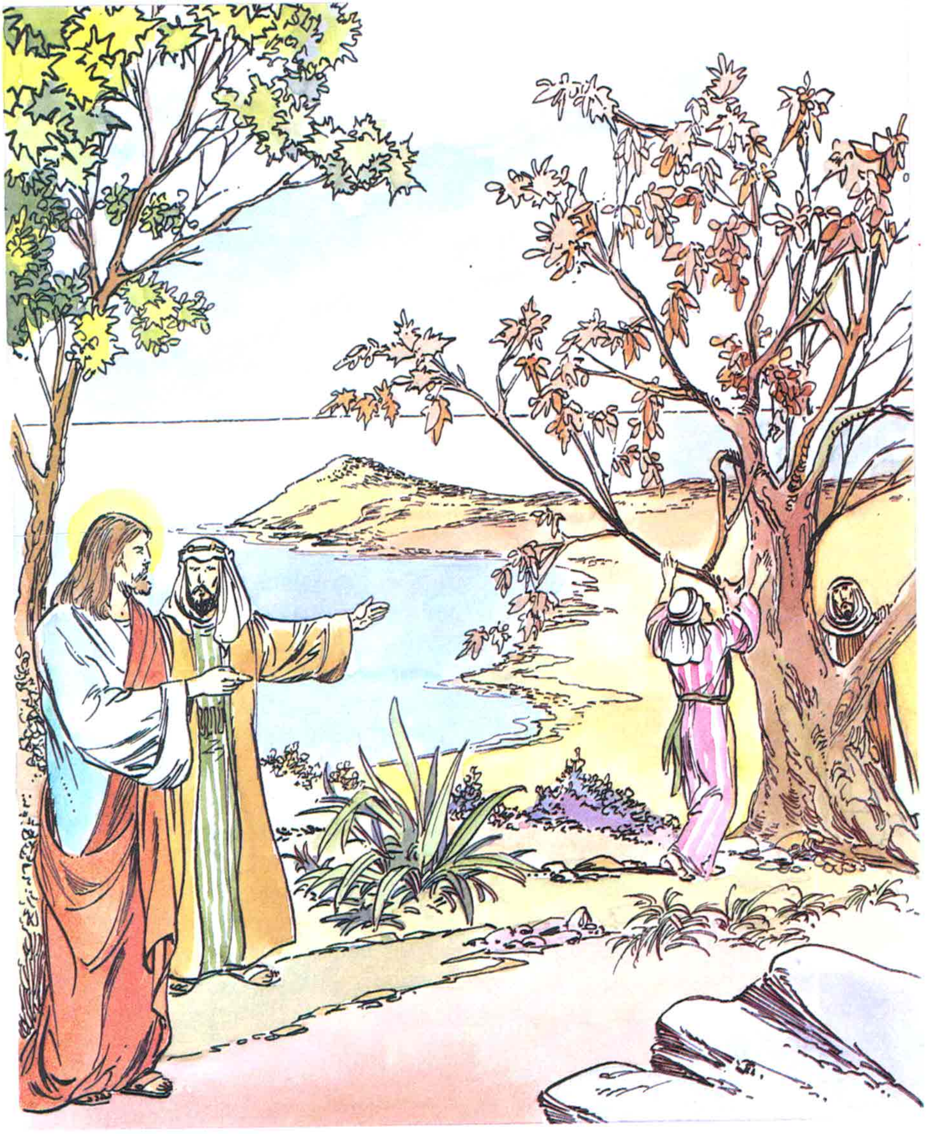
Jesús al verla llorar, y llorar también a los judíos que habían venido con ella, se conmovió profundamente en su espíritu y se turbó. Y dijo: «¿Dónde le habéis puesto?»

Le respondieron: «Señor, ven y lo verás».

Entonces a Jesús se le arrasaron los ojos de lágrimas. En vista de lo cual, dijeron los judíos: «¡Mirad cómo le amaba!»

Pero algunos de ellos dijeron: «Pues éste que abrió los ojos de un ciego de nacimiento, ¿no pudo hacer que Lázaro no muriera?»

Jesús, pues, otra vez profundamente conmovido, va al sepulcro, que era una gruta cerrada con una piedra, y dijo: «Quitad la piedra».



Marta, la hermana del difunto, le respondió: «Señor, ya huele, pues ya lleva cuatro días que está ahí».

Contestó Jesús: «¿No te he dicho que si creyeras verás la gloria de Dios?»

Quitaron, pues, la piedra; y Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo: «¡Oh, Padre! Te doy las gracias porque me has oído. Bien sé que siempre me oyes, pero lo digo por la gente que me rodea, a fin de que crean que tú me has enviado».

Dicho esto, gritó en voz alta: «¡Lázaro, sal fuera!»

Y al instante, el que había muerto, salió fuera, ligado como estaba, de pies y manos, y tapado el rostro con un sudario.

Les dijo Jesús: «Desatadle para que pueda andar».

Con esto, muchos de los judíos que habían venido a visitar a María y Marta, viendo lo que hizo Jesús, creyeron en El.

La maldición de la higuera (Mt.21; Mc.11)

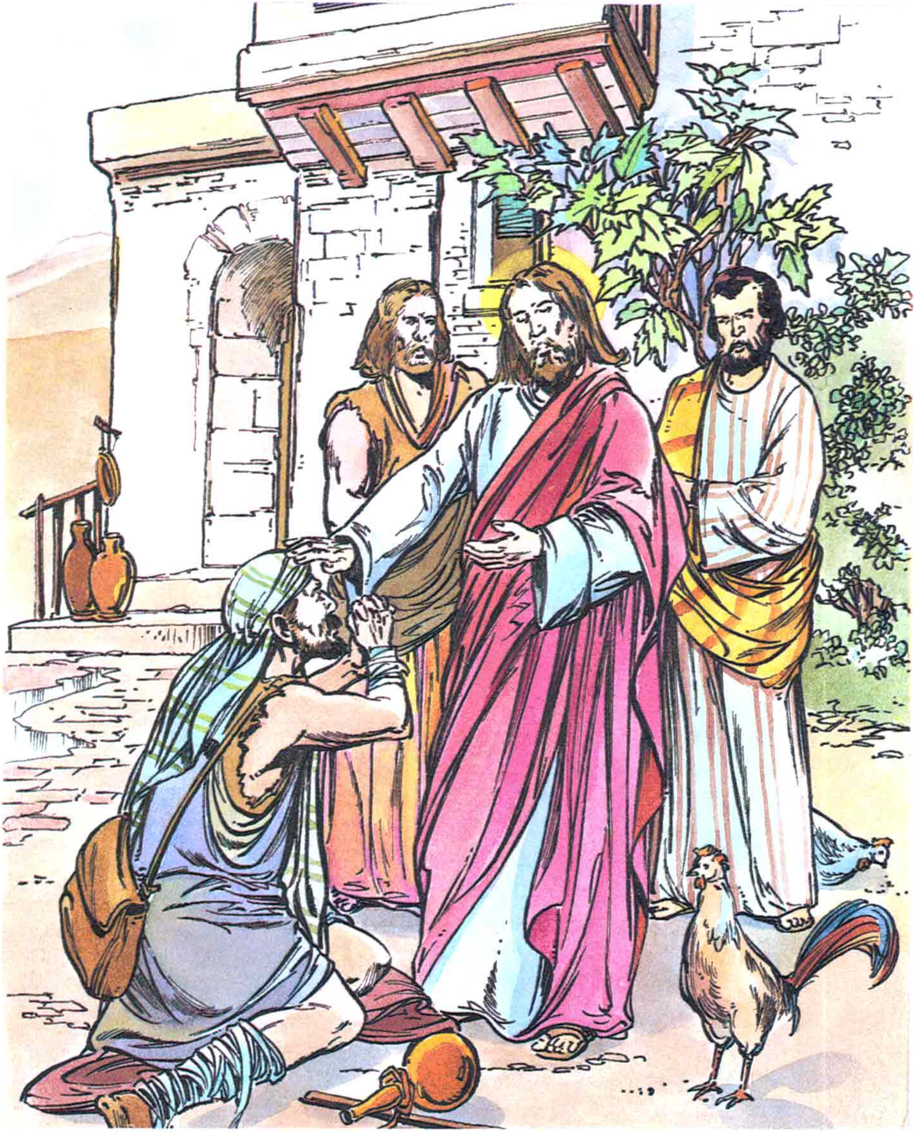
Una mañana temprano, yendo de Betania a Jerusalén, Jesús sintió hambre, y al ver desde lejos una higuera con muchas hojas junto al camino, fue a ella para ver si encontraba higos para comer. Pero viendo que solamente tenía hojas, la maldijo, diciendo: «¡Nunca jamás coma nadie fruto de ti!» Y lo oyeron los discípulos.

Al día siguiente por la mañana, volvieron de nuevo a psar por aquel camino, y, fijándose en la higuera, le dijo Pedro: «¡Maestro, mira! ¡La higuera que maldijiste se ha secado!»

Todos los demás discípulos, viéndolo, decían admirados: «¡Qué pronto se ha secado!»

Jesús les respondió: «¡Tened fe en Dios! En verdad os digo que, si tuvierais fe y no dudarais, no solamente haréis lo de la higuera, sino que, quien dijera a ese monte: "¡Arráncate de ahí y échate al mar!", si lo dijere sin dudar, creyendo que se hará como lo dice, así se hará.

»Por eso os digo: Cuando os pongais a hacer oración, creed que lo que pidais lo recibireis, y todo lo obtendreis».



El ciego de nacimiento (Jn.8,56-59; 9,1-41(

Al pasar vio a un hombre ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién pecó para que naciese ciego, él o sus padres?»

Contestó Jesús: «No nació ciego porque haya pecado él o sus padres, sino para que por él se manifiesten las obras de Dios».

Y continuó diciendo: «Mientras es de día, debemos trabajar en las obras del que me ha enviado; pues viene la noche en que nadie puede obrar. Mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo».

Dicho esto, escupió en el suelo, hizo lodo con la saliva, le aplicó el lodo a los ojos y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé». Fue, se lavó, y volvió con vista.

Los vecinos y los que le conocían –pues era un mendigo–, decían: «Es éste». Otros decían: «No, es alguien que se le parece». Pero él decía: «Sí, soy yo».

Entonces le preguntaban: «¿Pues cómo se te han abierto los ojos?»

El respondía: «Ese hombre llamado Jesús, hizo lodo, me lo puso en los ojos y me dijo: "Ve a lavarte a la piscina de Siloé"; fui, me lavé y recobré la vista».

Como los sábados eran festivos entre los judíos y no podían trabajar, dijeron algunos de los fariseos: «Este hombre no puede venir de Dios, pues no guarda el sábado».

Otros decían: «Y ¿cómo puede un hombre pecador hacer milagros?» Y no se ponían de acuerdo.

Otra vez preguntaron al ciego: «¿Tú qué dices del que te ha abierto los ojos?» Contestó: «Que es un profeta».

No creyeron que efectivamente hubiera estado ciego y hubiera recobrado la vista, hasta que llegaron sus padres y les preguntaron: «¿Es éste vuestro hijo, el que decís que nació ciego? ¿Pues cómo ve ahora?»

Los padres respondieron: «Nosotros sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; mas cómo ve ahora, no lo sabemos. Preguntádselo a él que ya tiene edad para poder responder».

Los padres hablaron así, por miedo a los judíos, porque ya éstos habían convenido con excomulgar a todo el que dijera que Jesús era el Cristo.

Llamaron, pues, otra vez al que había sido ciego, y le dijeron: «Muchacho, da gloria a Dios; pues nosotros sabemos que ese hombre es un pecador».

Respondió él: «Yo no sé si es un pecador: sólo sé que yo era ciego y ahora veo».

Le preguntaron de nuevo: «¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?»

Les respondió: «Os lo dije ya y no me habéis escuchado. ¿Por qué queréis oírlo de nuevo? ¿Acaso también vosotros queréis haceros sus discípulos?»

Ellos le injuriaron, diciendo: «Su discípulo lo eres tú; nosotros lo somos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios; pero éste no sabemos de dónde es».

El hombre les contestó: «Ahí está lo gracioso: Que vosotros no sabéis de dónde es, y El ha abierto mis ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que le teme y hace su voluntad. Jamás se ha oído decir que nadie haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Por tanto: si éste no viniera de Dios no hubiera podido hacer nada».

Ellos le contestaron: «¡Has nacido envuelto en pecado desde el vientre de tu madre! ¿y tratas de darnos lecciones?». y lo excomulgaron.

Oyó Jesús que lo habían excomulgado, y, encontrándole, le dijo: «¿Tú crees en el Hijo de Dios?»

El le respondió: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?»

Jesús le dijo: «Lo estás viendo: es el que habla contigo».

Respondió: «¡Creo, Señor!» Y postrándose lo adoró.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA. ISBN: 84-7770-262-4. Depósito legal: M. 47.069-2000. Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

ISBN: 84-7770-262-4